

Una experiencia de Pastoral Juvenil Eucarística: La Comunidad de L'Olivier

ENRIQUE GARCÍA AHUMADA *

Muchos son los que han tenido ocasión de asistir a misa en la calle de L'Olivier en Bruselas. Es una de las cosas que recomiendan hacer cuando uno llega a esta ciudad. Los comentarios van después desde la perplejidad ante una celebración aparentemente algo desordenada, y para algunos irrespetuosa, hasta el entusiasmo irrestricto por la audacia y novedad de la realización.

Después de participar durante medio año, habiendo entrevistado a Alfred De Baets, el capellán que anima personalmente esta comunidad, y luego de confrontar frecuentemente mis reacciones con las de numerosos jóvenes y adultos, incluso expertos en Pastoral y en Liturgia que trabajan a nivel nacional en Bélgica o en Alemania, mi intención en este artículo es ofrecer elementos para mejor captar lo que allí sucede y proponer como conclusión algunas orientaciones que me parecen importantes para una educación litúrgica.

HISTORIA

Marzo de 1968. Un grupo de jóvenes están hartos de ir a misa en sus parroquias. No les dice nada. Quieren sin embargo reflexionar sobre el sentido de su fe y piensan que para eso hace bien rezar. Consideran importante conversar sus preocupaciones en grupo, no aislarse, no condenarse a la desorientación y a la esterilidad. Discuten el asunto y por fin deciden intentar organizar

* Diplomado en Matemáticas y Física por la *Universidad Católica de Chile*. Bachiller en Pedagogía. En el último año, ha seguido el *Curso Catequesis y Evangelización* en el Instituto *Lumen Vitae* de Bruselas.

una misa semanal. Ven en ella un marco de oración comunitaria que podría satisfacerlos, si se les deja la oportunidad de hacerla a su manera. Piden a Alfred que los ayude y él los apoya en principio.

En esos días, Alfred en reunión de decanato pone sobre el tapete la ausencia creciente de los jóvenes a misa. No quiere lanzarse por nuevos caminos litúrgicos como caballero andante y solitario. Busca el respaldo de sus hermanos en el sacerdocio para acompañar a esos jóvenes en una búsqueda comunitaria de una expresión eucarística más cercana a la vida actual. Desde entonces, sigue en contacto mensual con los sacerdotes de la ciudad dedicados a los jóvenes, lo cual ha producido un vaivén de influjos enriquecedores. Luego de algunas semanas, también visita al arzobispo con el grupo más comprometido con la «Misa de los Jóvenes» —así se llamaba la experiencia hasta la navidad de 1972— y después de conversar ampliamente con él acerca de sus propósitos y de las modalidades que iba tomando la acción, reciben su aprobación y estímulo.

La primera Misa de los Jóvenes se hizo en la cripta de la iglesia de Santa María, antiquísimo edificio hoy en desuso (¿símbolo de otra época?). Las invitaciones se hicieron de persona a persona y se reunieron una veintena de amigos. Al poco tiempo, el capellán de un importante colegio católico se tomó la molestia de recorrer todas las salas de clase para prohibir formalmente a las alumnas asistir a un experimento tan peligroso. Más adelante describiré con qué se enfrenta uno al asistir por primera vez a esta misa, lo cual ayudará a formarse una idea acerca de los motivos que habrán inspirado a este celoso varón. Como es de suponer, su iniciativa apostólica creó un interés enorme por saber de qué se trataba, y la asistencia aumentó bruscamente hasta estabilizarse hoy alrededor de las cuatrocientas o quinientas personas. Pero no nos adelantemos a los hechos.

Al principio, la intención del grupo organizador no iba más allá de tener su misa propia durante una cuaresma. Después, los acontecimientos aconsejarían qué hacer. La demanda fue tan insistente que después de Pascua hubo que seguir adelante. Lo mismo ha ocurrido al empezar cada año. Al grupo no le interesa tener una misa porque hay que hacerla, porque sí, por cumplir. No creo que ninguno de los jóvenes que allí he visto asista jamás a misa por

obligación. De hecho, sólo una parte de la comunidad es constante y a menudo más de la mitad son visitantes ocasionales. Es más, los sacerdotes que celebran en ese lugar están siempre dispuestos a dejar la celebración sólo como liturgia de la palabra, si la situación que se vive no ofrece las condiciones consideradas indispensables para una eucaristía verdadera. Alguna vez fue necesario tomar esta decisión. En la actualidad no puede decirse que esta misa juvenil esté en crisis permanente, pero sí los asistentes suelen cuestionar en alta voz el significado de la eucaristía, su diferencia respecto de una simple reunión de oración o de una celebración de la palabra, la necesidad o no de celebrarla cada domingo, y se sabe que la experiencia ha de continuar sólo mientras valga la pena. Si se ha mantenido con estos presupuestos durante cinco años, es porque cada misa ha sido existencialmente significativa para al menos parte importante de la concurrencia.

La experiencia no marcha a la deriva. Desde el comienzo, los jóvenes y los sacerdotes implicados en el asunto han ido varias veces a Venlo en Holanda, donde existen misas juveniles interesantes. Cada año se organiza un campamento de dos semanas para evaluar y reflexionar, para mejorar el repertorio musical, la expresión corporal, las relaciones humanas, la encarnación evangélica en la realidad, todo en un marco de libertad, de alegría, de creatividad. Los sacerdotes y educadores se han sentido en la necesidad de aprender algunas técnicas de dinámica de grupos, de estudiar las teorías actuales concernientes al simbolismo y al lenguaje, y los jóvenes mismos han asistido a cursillos de animación litúrgica con el fin de responder a problemas concretos planteados a partir de lo vivido.

Varios de los jóvenes que impulsaron la experiencia desde el comienzo están ya casados o a punto de casarse, de modo que sus necesidades e intereses han evolucionado. A fines de octubre pasado tuvieron una primera reunión para estudiar la posibilidad de otra forma de comunidad más allá de la misa juvenil. Expusieron públicamente su preocupación y las reacciones de los asistentes habituales a la Misa de los Jóvenes fueron variadas. Incluso se los tildó de separatistas, de poco comprometidos, de insatisfechos, de poco identificados con la juventud. También se ha podido observar en los últimos meses el aumento ostensible de la proporción de adultos e incluso de edad bastante madura que acuden

a esta Misa de los Jóvenes. A vuelta de las vacaciones de Navidad, Alfred hizo notar que ya no podía seguirse hablando de «Misa de los Jóvenes» sino de «Comunidad de L'Olivier». Ha sido finalmente aceptada la iniciativa de tener otra misa los sábados por la tarde en el mismo lugar, con un estilo diferente aunque inspirada en semejantes principios, preparada y realizada por adultos y para adultos.

Por último, es bueno hacer constar que si el grupo primitivo de responsables de la misa de L'Olivier eran jóvenes cuestionadores e inconformistas, ha tomado el relevo un grupo distinto, con bastante influencia en lo que ahora ocurre, y que tienen un especial afán de oración contemplativa. Se nota una tensión entre los que buscan una inserción cristiana en los problemas políticos, y los que insisten en la meditación de la Biblia con un interés que se autocalifica de más espiritual. Es una comunidad viva de la Iglesia de hoy.

DESCRIPCIÓN DEL FENÓMENO

Domingo, 10,20 de la mañana. En la puerta de una escuela, varios jóvenes saludan a cada persona que llega, a veces dando la mano. Se entra en un gran salón con apariencias de gimnasio, sin emblemas religiosos de ninguna especie. Se ve una mesa a un costado. A su lado se van alineando algunas sillas a medida que el público llega. La mayoría prefiere sentarse en el suelo frente a la mesa, o en una gradería situada al otro lado. La muralla detrás de la mesa está pintada de vivos colores y con dibujos propios del ambiente escolar. Sobre esa muralla cuelgan grandes paneles escritos. Los entendidos reconocen en uno de ellos la lista de los cantos que uno puede solicitar que la asamblea ejecute en cualquier momento de la celebración. También hay una lista de temas: la guerra, el subdesarrollo, violencia y no violencia, el perdón, la libertad, el amor, la amistad, ¿quién es Jesucristo?, el evangelio, los inmigrantes, el Tercer Mundo, la revolución, el compromiso político... decenas de asuntos. Junto a la mesa, una orquesta parece ensayar unos cantos, pero su actitud es formal y seria. A veces repiten una canción por entero para que los asistentes aprendan la melodía. Algunos grupos conversan de pie. Hay jóvenes que recorren las filas que se van formando y en-

tablan conversación especialmente con los rostros nuevos que se ven aparecer. Si uno no es novato, también toma la iniciativa de conversar un poco con los vecinos, que pueden ser adolescentes de doce años, religiosas, sacerdotes de civil, matrimonios con sus niños. Alrededor de las 10,30 alguien se acerca al micrófono y saluda a la asamblea, invitando a todos a sentarse y a mantener una actitud de acogida a los demás.

Dos proyectoras iluminan sendas pantallas en la muralla situada detrás de la mesa, y aparecen diapositivas con versos. La orquesta toca y ahora todos cantan, a veces llevando el compás con rítmicas palmadas. Se leen algunos textos que pueden ser bíblicos o no. A veces alguien pasa al micrófono para comentar una de las canciones que se han ejecutado durante esta primera parte, o para relatar una experiencia personal en relación con el tema del día. Antes de Navidad, se anunciaba al final de cada misa en qué lugar se tendría el viernes siguiente la preparación de la próxima, y solía ocurrir que alguno de estos organizadores propusiera la formación de pequeños grupos para discutir un punto durante unos veinte minutos. Después de la Navidad de 1972 se decidió provisoriamente (ya que todas las decisiones son provisionales aquí) que se iba a publicar una lista de temas y que al terminar cada misa todos podían acercarse al panel para marcar su preferencia por alguno de ellos para la siguiente. Con este nuevo sistema todos están invitados a prepararse con sus amigos durante la semana y así llegar con algo en mente el domingo próximo. De todos modos, durante esta primera parte que consiste sobre todo en cantos, lecturas y comentarios, hay quienes siguen conversando o fumando. Es más bien un ambiente de fiesta familiar y de reflexión tranquila, sin estiramiento. En cuanto a las vestimentas de los asistentes, todas las cosas son posibles, aunque lo más raro de ver es la tenuta de cuello y corbata o los vestidos de domingo por la mañana que eran clásicos en los ambientes burgueses hasta hace algún tiempo, y que en otros lugares siguen siendo de estilo.

Hacia las 11 o a veces cerca de las 11,30 según sea necesario de acuerdo a la atmósfera vivida en la primera parte, se interrumpe la reunión para un recreo de unos diez minutos en que todos se ponen de pie, salen al patio, conversan en grupos. Algunos se van, si lo desean. Para eso es la interrupción, ya que la segunda

parte es la liturgia propiamente eucarística en la cual es normal que no todos se sientan en su elemento. Lo más natural es que en los corrillos que se forman espontáneamente, la conversación gire en torno a lo ocurrido o dicho en la primera parte de la reunión. Es costumbre también que durante la interrupción se hagan llegar por escrito algunas intenciones de oración que alguien leerá al micrófono al iniciarse la segunda parte. En cierta ocasión llegaron de visita unos jóvenes norteamericanos de un grupo que se hace llamar «los hijos de Dios», y con permiso de los responsables de ese día estuvieron interpretando sus propias canciones durante la interrupción. (Hubo que pedirles formalmente terminar, de lo contrario no se habría podido realizar la segunda parte de la celebración).

Cuando la orquesta comienza a tocar de nuevo, es señal de que la segunda parte va a empezar y la gente vuelve a sus lugares. La mesa ha sido cubierta con un mantel y se ven sobre ella un cáliz y una gran panera con rebanadas de pan. Después de la primera canción se leen las intenciones propuestas, a veces intercalando una estrofa que se canta entre una y otra, mientras se mantiene la música de fondo durante la lectura. A todo esto, el que asiste por primera vez recapacita y nota que no ha habido introito, ni rito penitencial, ni Kyries, ni Gloria, y aunque siga muy atento hasta el final lo más probable es que le sea difícil distinguir un Prefacio, un Sanctus, un Agnus Dei, y el padre-nuestro puede venir antes de la consagración o después de la comunión. Cuentan que en la primera misa se hicieron todas las lecturas después de la comunión, porque los jóvenes estimaron que el evangelio se escucha de una manera distinta cuando uno ha recién comulgado, y las palabras que se dicen para comentarlo son también absolutamente de otro tono. La evolución de la asamblea ha conducido a mantener durante largo tiempo la actual secuencia de liturgia de la palabra, interrupción y luego liturgia eucarística; pero nada impide que en cualquier momento esto vuelva a discutirse y cambiarse. Tal vez una de las características de la segunda parte es que durante su transcurso suele haber uno o varios silencios de distinta duración y en general de gran calidad meditativa, alrededor de las palabras de la Institución o después de la comunión. Durante las primeras semanas en que participé en esta misa, la costumbre era partir y repartir el pan al

comienzo de la segunda parte y era consagrado en la mano de los que íbamos a comulgar. Después de la mentada visita de los «Hijos de Dios», que comulgaron aunque no se consideran católicos, los responsables más directos de la comunidad decidieron volver a la procesión de comunión para que cada uno haga su propia marcha hacia la mesa eucarística.

El canto que sigue a la comunión suele ser más festivo que los demás, si cabe, y algunos, a la antigua usanza, comienzan a retirarse. Pero la misa no ha terminado todavía. Viene entonces la invitación a acercarse al panel para marcar su preferencia respecto al tema que se quiere meditar el domingo siguiente. Hay siempre además otras invitaciones: el grupo de oración se reunirá el jueves próximo a tal hora en casa de Vincent; los que desean colaborar en el trabajo que se hace con los niños del barrio pueden ponerse en contacto con Pierre, para ver qué se proyecta esta semana; los que harán el viaje a Taizé o la peregrinación a Chartres pueden ponerse en contacto con Fulano; tal día viene a Bruselas Lanza del Vasto, o tal otro señor, o el grupo Liberación organiza una sesión audiovisual sobre el Aborto, etc., etc. No falta un asistente primerizo que expresa públicamente sus motivos, sus impresiones, sus experiencias. Alguien ha compuesto un poema y considera apropiado leerlo a la asamblea. También, un representante del comité económico solicita a todos depositar su óbolo al salir, para costear la calefacción, la iluminación, la limpieza, algún nuevo aparato electrónico que se necesita. Hacia las 12,30 o quizás las 13 horas la asamblea termina con un canto final y algunos se quedan a tomar café, que se sirve a la salida.

Según los antiguos de la comunidad, la misa aquí ha sido siempre fiel a los cuatro principios acordados por el grupo fundador: 1) ambiente de fiesta; 2) libertad de expresión y de palabra; 3) variedad; 4) creatividad. El siguiente credo sintetiza sus metas:

Creemos que la comunidad que formamos es una comunidad de Iglesia querida por Dios y esperada por los hombres. Ella es esperanza de una comunidad más profunda cada domingo.

Creemos que el hecho de podernos expresar libremente

es para nosotros una fuerza del Espíritu Santo que nos mueve.

Creemos que la confianza mutua es una puerta necesaria para vivir la verdadera fe y una condición indispensable para ser uno mismo y para convivir.

Creemos que el ambiente que aquí encontramos es de necesidad capital como fuente de encuentros y descubrimientos.

Creemos que Jesucristo es quien nos reúne y quien facilita la comunicación entre nosotros haciéndola más clara y más directa.

Creemos que aquí recibimos de Dios el don de una esperanza que nos anima a recomenzar nuestra oración cada domingo.

Creemos también que aquí la Iglesia se renueva y se transforma.

Creemos que la resurrección es el centro de nuestra fe, y es renacer a la Vida que es Dios.

ENSAYO DE SISTEMATIZACIÓN DEL CONTENIDO

Numerosos jóvenes atestiguan haber encontrado a Dios en la misa de la calle de L'Olivier. Hay adultos que llegan a afirmar que esto no es una misa. Es bueno analizar un poco más de cerca y en forma reflexiva en base a qué criterios una tal celebración puede considerarse eucarística. Yo creo poder afirmar que en ella se encuentran constantemente los siguientes elementos:

1. *Carácter comunitario.* Quienquiera participe en este acontecimiento sabe que en él nadie puede sentirse extraño. Y es mérito, ya que siempre hay belgas mezclados con españoles, italianos, ingleses y franceses, norte y sudamericanos, asiáticos, africanos o australianos; estudiantes, obreros, profesionales y cesantes; adolescentes, niños, adultos, una gran mayoría de jóvenes. Por otra parte, no parece adecuado el ambiente para convertir la celebración en un acto de devoción privada. Tampoco se ven intentos de manipular a la concurrencia, sino más bien de favorecer la reflexión personal y la libre expresión.

2. *Ambiente festivo.* Uno se siente a sus anchas, va vestido

como bien le parece, fácilmente se siente entre amigos, adopta las posturas corporales que mejor le acomodan. Hay juego de luces y sombras producido por las proyecciones y por la iluminación intencionalmente variada de la sala en diferentes momentos de la celebración. La música que se ejecuta y canta es la más de las veces alegre y en todo caso ágil y juvenil. Hay colorido.

3. *Anuncio de la buena nueva.* Es normal que la fe se exprese a través de testimonios de vida, a veces gozosos, otras veces de sufrimiento, a menudo sencillamente a través del resumen que hace un matrimonio de su reflexión de la semana. Los textos bíblicos no están previstos de antemano, lo cual hace que siempre surjan en la celebración a propósito de algo que sucede o que se ha dicho: siempre estas lecturas atraen particularmente la atención.

4. *Instrucción.* Se realiza mediante las palabras (oraciones, testimonios, lecturas, canciones, anuncios escritos en las paredes, folletos que a veces se reparten a la entrada o a la salida) y en las imágenes proyectadas eventualmente para estimular la reflexión en forma de montaje audiovisual.

5. *Asamblea de oración.* No faltan quienes mantienen una actitud de espectadores y a veces algo bulliciosos. La atmósfera adquiere una especial densidad religiosa en los silencios que se suelen producir a propósito de una lectura o de un testimonio, aún antes de la interrupción. La actitud general es orante sobre todo en la oración de los fieles, o cuando hay oraciones espontáneas en alta voz, y por supuesto durante los ritos de consagración, comunión y acción de gracias.

6. *Carácter sacrificial.* Los creyentes que participan en la segunda parte encuentran a Cristo simbólica y realmente presente en la ofrenda al Padre con la cual se comulga en el Espíritu. Esto es claro para cada uno en la medida de su fe.

7. *Aspecto ritual.* Aunque no se tenga una profunda educación cristiana previa, cada uno puede percibir al menos en forma global de qué se trata cuando participa en este acto:

— hay un rito de recepción y acogida al que están dedicados los diez primeros minutos, al cual la comunidad atribuye gran importancia, si bien su aspecto es muy poco sacral;

— el rito de la celebración de la palabra ocupa, como se ha explicado, toda la primera parte de la reunión;

— el rito de la interrupción relaja la tensión a que suele haber conducido la primera parte y permite el descanso, el diálogo informal, la diferenciación expresa respecto de la segunda parte;

— el rito de la preparación de las ofrendas del pan y del vino es muy simple, pero lleno de sentido para los que saben ver;

— el rito de la oración de los fieles da siempre el tono desde el comienzo de la segunda parte;

— el rito de la oración eucarística con el padrenuestro tiene su propia evidencia;

— el rito de la comunión y de la acción de gracias es a todas luces un elemento esencial para quien participa;

— el rito de los llamados a diversas acciones forma también parte indispensable de la experiencia vivida ese domingo por la mañana.

8. *Interpelación.* No puede uno permanecer pasivo e indiferente al presenciar testimonios a veces conmovedores y siempre inesperados; ni al sentirse invitado a diversas actividades; ni al escuchar lecturas del Antiguo o del Nuevo Testamento que adquieren una fuerza especial gracias a su relación notoria con lo que está sucediendo.

9. *Continuidad con la vida diaria.* Desde que uno llega al lugar de reunión siente que no sale de un mundo profano para entrar a otro sagrado. El estilo de la celebración establece una ruptura mínima con los demás encuentros humanos. La situación adquiere un carácter sacro casi sin darse uno cuenta, en forma gradual. El llamado que se siente cada vez con mayor urgencia a participar de algún modo en la preparación de la próxima misa hace que la relación dialéctica entre el «día del Señor» y la semana tienda progresivamente hacia una síntesis.

10. *Compendio de la vida cristiana.* Se insiste mucho en la actitud de *acogida* hacia los otros, se promueve el *diálogo* y se estimula el *compromiso* a través de la *interpelación* discreta pero abierta de la libertad personal, todo ello en nombre de un Cristo que poco a poco se va descubriendo.

PROPOSICIONES PEDAGÓGICAS

Es poco frecuente encontrar realizados en forma vivencial todos estos valores en otras comunidades eucarísticas. Por eso, la experiencia de la comunidad de L'Olivier me ha conducido a reflexionar acerca de los criterios que podrían conducir a organizar la liturgia con máxima eficacia pastoral. Sugiero las siguientes normas pedagógicas:

1. *Confiar en la comunidad creyente.* La asamblea no considerará la celebración como algo suyo si no se le entrega efectivamente la responsabilidad. El extremo opuesto fue el que condujo a considerar la liturgia como asunto exclusivo de la jerarquía y llevó a hacer posible que la cena del Señor pudiera muchas veces ser celebrada por un sacerdote enfrentado a espectadores pasivos, cuya presencia sólo era explicable por la imposición de un mandato. Una estructura eclesial basada en el esquema dominadores-dominados ahoga las posibilidades de desarrollo y ahuyenta a los posibles creyentes o los humilla, lo cual está lejos de ser un signo del Reino.

2. *Devolver a los ministros su función.* No corresponde al ministro organizar y ejecutarlo todo en la liturgia. Esta mentalidad es la que ha hecho llegar a considerar natural que a veces el sacerdote celebre el banquete del Señor... solo. Los ministros y educadores del pueblo de Dios no tienen razón de ser sino para la comunidad. Si alguna intervención de la autoridad personal u oficial es necesaria, debe ser siempre estimulante y discreta, reducida a lo indispensable. El ministro es el intérprete de la acción del Espíritu y no el único portador de carismas. El es el nexo con la acción intercesora y sacrificial de Cristo y el vínculo visible con las demás comunidades de creyentes.

3. *Partir de la vida y no de lo establecido.* Plantear la celebración como una estructura a la cual las personas deben adaptarse sin ser tomadas en cuenta es poner el sábado por encima del hombre. Hay que hacer posible a cada uno entrar en un proceso de asimilación progresiva del evangelio, y tener la paciencia de aceptar las condiciones de una educación a largo plazo. Tener en mente siempre a los principiantes, a los recién llegados, a los visitantes ocasionales. Una celebración demasiado estruc-

turada en base a cánones extraños a las aspiraciones elementales puede desanimar a los sencillos.

4. *Hacer acogedora la reunión.* Velar por el respeto de las personas y mantener una actitud abierta a todo el que llegue. Favorecer la legítima necesidad de goce y el impulso místico. Decir que la eucaristía es una celebración, una fiesta, no debe ser cosa de los manuales; debe vivirse. La vida corriente, sobre todo en sociedades cada vez más masificantes y manipuladoras del individuo, ofrece pocas ocasiones de expresarse. Una celebración de la Iglesia debe permitir respirar la libertad de los hijos de Dios.

5. *Dejar realmente la palabra a la asamblea.* En el mundo actual todos tienen acceso a la información y cada uno tiene una experiencia que comunicar en algún momento. Además, el Espíritu Santo obra en todos los hombres. La liturgia debe convertirse en el lugar privilegiado para poner al alcance de todos la riqueza de la comunidad, gracias a la libertad de expresión y a la disponibilidad efectiva del uso de la palabra.

6. *Utilizar un lenguaje accesible y significativo.* Pasó la época en que era preciso saber arqueología para entender la misa. La celebración por sí misma debe manifestar su naturaleza. Si los signos empleados pierden contacto con la experiencia del hombre corriente, se hacen insignificantes, ridículos. No debe causar sorpresa la resistencia del público a participar en ceremonias que dejan la impresión de haber perdido el tiempo. Un mínimo de estructura ritual es necesario para hacer reconocible lo que se hace; pero la comunicación con el pueblo debe desterrar todo lo que pueda parecer esotérico a los creyentes. Además, la palabra doctrinal que habla a la inteligencia dice menos a la persona que una situación global en la que uno se encuentra envuelto. El hombre no sólo es sensible a lo que se pronuncia sino también a las actitudes corporales, a los gestos, al empleo del espacio, al ambiente audiovisual.

7. *Plantear preguntas más que ofrecer respuestas hechas.* La palabra que conduce al cambio de vida no es la que da respuesta precisa a una pregunta ni la que simplemente instruye, sino más bien la que pone en cuestión la propia instalación satisfecha en una situación determinada. Los textos bíblicos, los tes-

timonios de vida, los poemas y canciones, un montaje audiovisual, tienen significado pastoral en la medida en que interpelan: cuando ponen en cuestión la manera de mirar la vida; cuando sugieren una restructuración del pasado, del presente y del futuro; cuando confrontan la persona ante la alternativa de dejarse o no cambiar. Esta palabra cuestionadora puede venir del más humilde miembro de la comunidad. La manía de querer decir la última palabra frente a los asuntos en los que uno se considera experto (¡los caminos *del Señor!*) ahoga desde el principio los brotes hacia nuevos desarrollos en los demás. La tentación de manejar la asamblea o de constituirse en sumo maestro de ella impone a los demás los propios límites y no abre caminos al Espíritu.

8. *Correr riesgos.* Dar lugar a lo imprevisible. Permitir la espontaneidad. El precio de la libertad es deber tolerar alguna medida de desorden y de abuso. Reconocer en la celebración el carácter de acontecimiento. Mantener una flexibilidad abierta a las intervenciones del Espíritu, reconocer sus manifestaciones en la comunidad y depender más de ellas que de los propios planes respecto de la celebración y de sus consecuencias.

9. *Ofrecer una variedad de expresiones litúrgicas.* Una Iglesia misionera y atenta a las necesidades de las personas debe ofrecer la posibilidad de participar en reuniones de meditación, celebraciones de la palabra, celebraciones penitenciales, celebraciones eucarísticas y no sólo un mismo producto para toda clase de consumidores.

10. *Aceptar la constante revisión.* Dar lugar a permanentes cuestionamientos. No instalarse en respuestas litúrgicas definitivas. Permitir una evolución y reflexión constante de la comunidad. Evitar la anquilosis y favorecer la variedad y la creatividad. Mantener una situación abierta a la integración de nuevos valores.

Todas estas orientaciones pedagógicas están íntimamente relacionadas entre sí. Suponen en los educadores del Pueblo de Dios interesarse, además de la teología, por los progresos actuales de una multitud de ciencias humanas: sicosociología, antropología, estética, hermenéutica, semiología, ciencias de la comunicación. Todo, para allanar a los hombres el encuentro con los demás y con Cristo.